



WISCONSIN

Rodrigo Martín Noriega

· UNO ·

Al igual que muchos franceses de provincias, Mathieu sentía una mezcla de odio y admiración acomplejada hacia París, y la sensación, después de tantos años, de no haber entendido sus códigos, los rituales secretos de sus habitantes, la teatralidad de la vida social parisina. Tal vez por eso, al buscar un apartamento, había huido de la ciudad emblemática, de cualquier perspectiva que le permitiera ver la dichosa torre metálica o los barrios mitificados por los turistas y el folclore urbano.

Mathieu no era un bohemio ni un maldito y por ello buscaba la asepsia de un no-lugar, un entorno que le permitiera sentirse cómodo, autónomo, no un personaje con una tipología determinada y previsible. Y sin embargo, conocía bien el cliché al que atenerse. Intelectual maduro, provocador, ensayista polémico, incendiario dentro de un orden, con el suficiente distanciamiento de las cosas mundanas para no ser tachado de impostor. Al mismo tiempo, *bon vivant* sin problemas de conciencia, académico, hombre de letras, orgullo nacional, un miembro de la nobleza del pensamiento. Insoportablemente francés, a su pesar.

Quizá esa era la razón por la que no podía dormir esa noche. Hacía dos días, Nicolas Sarkozy se había reunido con representantes del mundo de la cultura en una cena de gala. Se habían dado la mano y el presidente le había gustado. Autoritario, con cara de estar deseando largarse de allí y sin intención de disimular su apatía. Y a la vez, culto, sagaz, rápido. Mathieu imaginó que tenía un grupo de asesores de gran talento, pero también es requisito para la grandeza saber rodearse de gente

mejor que tú. Seguramente, le habían informado de que Mathieu era uno de los más destacados firmantes de una carta de protesta contra las políticas migratorias del gobierno en la que, entre otras cosas, se acusaba al presidente de prácticas filofascistas en relación con las minorías étnicas marginadas. Más gasolina para que ardan los suburbios, había pensado Mathieu al leer el manifiesto, sin tener muy claro si aquello era bueno o malo, pero firmando de todos modos.

El presidente podía haberle preguntado por su relación con los gitanos o por cuántos rumanos ilegales vivían en su elitista bloque de apartamentos. Pero no lo hizo. Todos saben qué juego se juega y cuándo hacerlo. En lugar de eso, le estrechó la mano con fuerza y estirándose sin complejos le había dicho:

—Me gustó su último ensayo. El de la reivindicación de la cultura popular.

—En realidad he escrito tres libros desde entonces. Pero le agradezco el cumplido.

—Yo también desprecio los convencionalismos burgueses, pero no sé qué seríamos sin ellos.

—Todo se puede intentar.

—Se intentó, querido amigo. Y salió mal.

—¿Se refiere a la Comuna, al 68?

—Me refiero a usted y a mí.

Mathieu rebuscó en su inventario mental de respuestas agudas y sarcásticas pero lo encontró vacío. Además, contradecir a aquel hombre era contradecir a la República. Demasiada responsabilidad para un hombre solo. Nicolas Sarkozy pareció valorar el silencio de su interlocutor y considerarlo una victoria personal.

—Ha sido un placer charlar con usted. Le agradezco que haya aceptado la invitación. Algunos medios no van a perdonárselo.

—Eso hará que me sienta más joven.

—Perfecto. Y por cierto, en relación con esos últimos tres libros suyos...

—Dígame.

—Esos no me gustaron. Disfrute la velada.

Y de esa forma, el hombre más poderoso del país se perdió entre la multitud hostil y servil de escritores, pensadores y artistas deslumbrados por el oropel y el peso de la púrpura. Mathieu apuró varias copas de un champán extraordinario y se quedó quieto, mimetizándose con el ambiente, participando en alguna conversación, saludando a conocidos e intercambiando comentarios sarcásticos. Los bufones de la corte y sus maledicencias.

Entonces sonó el teléfono, interrumpiendo su sesión de penitencia y devolviéndole al presente, a su apartamento y a las previsibles horas de insomnio que le esperaban.

Al igual que el lamento de una ambulancia, el timbre de un teléfono en mitad de la noche tenía algo premonitorio y lúgubre, apremiante como el llanto de un niño que reclama atención.

Se acercó a la mesilla y descolgó.

—¿Dígame?

Un segundo de silencio, quizás menos, pero profundo y denso.

—Mathieu.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Michel.

Un insecto frío desplegó sus alas en el estómago de Mathieu... Miró por el amplio ventanal del salón. La ciudad estaba iluminada, las constelaciones seguían en su sitio.

—Michel.

—¿Cómo estás, viejo amigo?

—Debería decir aturdido.

—Ya. Ha pasado mucho tiempo desde nuestra última conversación.

—Desde el funeral de...

—Sí. Intuyo que nuestros encuentros van a convertirse en un recuento de cadáveres.

El insecto era negro y húmedo y empezaba a incubar su vil camada.

—¿Ha muerto alguien?

—Podría decirse que sí.

—¿Me llamas por eso?

—Es un poco complicado. Ha llegado un informe a mi despacho. Puede que la fiscalía intervenga o que se archive sin más.

—Creo que no te entiendo.

—Un hombre ha aparecido muerto en su piso. Al parecer asfixiado mientras manipulaba elementos químicos. La primera hipótesis es que estaba fabricando una bomba casera. Supongo que ahora es cuando deberías sentarte.

—Estoy sentado —mintió Mathieu.

—Bien, las huellas dactilares son un enigma, pero la Policía ha encontrado documentación, pasaporte. Todo. Serás consciente de que estoy compartiendo contigo información confidencial.

—Un privilegio que no comprendo.

—Verás. Nuestro hombre se llama Robert Sarrail. Nacido en Toulouse en 1952.

La camada voraz saciando el hambre en la placenta de su alma.

—Hace dos semanas conocí a un taxista llamado François Truffaut. Las casualidades existen.

—Un primo de mi primera esposa se llamaba Napoleón Bonaparte. O se creía Napoleón Bonaparte, ese detalle nunca me quedó claro.

—Me temo que mi sentido del humor está atrofiado en este momento, Michel.

—Lo imaginaba. Pero salvo que tu taxista haya dirigido una versión inédita de *Los 400 golpes* me temo que tu analogía no nos ayuda.

—¿Qué quieres decir?

—Nuestro hombre muerto, Robert Sarrail, tenía un diario. Al parecer contiene datos interesantes. Reveladores.

—Te escucho.

—Resulta que fue una especie de líder revolucionario con contactos con Acción Directa. Y que estuvo metido en

asuntos que hoy consideraríamos de naturaleza criminal. Soy fiscal, sé de lo que hablo.

—No puede ser.

—Por supuesto que no puede ser. Por eso te estoy llamando. No quiero volverme loco yo solo.

—Tendríamos que vernos en persona.

—Estoy de acuerdo.

—Mierda.

—Exacto.

—Ya te llamaré.

—Hazlo.

Mathieu colgó. Abrió la ventana y dejó que la fría brisa nocturna de finales de otoño entrara en su apartamento hasta bajar la temperatura varios grados. En algún depósito de cadáveres, bajo la luz irrespetuosa de unos fluorescentes y sobre un lecho metálico, yacía el cadáver de Robert Sarrail. Y en silencio reclamaba su presencia. Un silencio que recorría las calles de la ciudad como un aullido que le sobrecogió y le hizo sentirse un niño desamparado.

limbo ✖ errante

www.limboerrante.com